

Los planteos de José María Ramos Mejía (1849-1914) y José Ingenieros (1877-1925) sobre la simulación: sus aportes a los debates sociológicos acerca de la incidencia de la mimesis en la vida social

Victoria Haidar - *vickyhaidar@yahoo.com.ar*

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Centro de Innovación de los Trabajadores, Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo.

Recibido: 03-07-2021

Aprobado: 8-11-2021

Resumen: El artículo revisita los planteos que José María Ramos Mejía y José Ingenieros realizaron en torno de la simulación con la finalidad de mostrar que de ellos se derivan elementos que pueden nutrir los debates sociológicos actuales acerca de la incidencia de la mimesis en la vida social. En particular, se recuperan los desarrollos que, a partir de la comparación con los fenómenos del mimetismo animal y de la imitación, la consideración de ciertos tipos de simulación y la discusión acerca del “carácter” del hombre de la multitud: a) permiten observar la condición a la vez natural “y” artificial de la simulación, b) advierten acerca de la existencia de formas “más que funcionales” de simulación y de situaciones en las que el agente pierde el control de la maniobra, c) contribuyen a criticar la noción liberal de individuo como a comprender el impacto que la dinámica sugestiva tiene tanto en la conformación de la subjetividad como en la definición de las jerarquías que estrían la sociedad moderna.

Palabras claves: Simulación; Imitación; Discurso psicosociológico; José María Ramos Mejía; José Ingenieros.

Abstract: The article revisits the proposals that José Ingenieros and José Ramos Mejía carried out around simulation in order to show that elements are derived from them that can nurture current sociological debates about the incidence of mimesis in social life. In particular, it recovers the developments concerning the comparison of simulation with imitation and animal mimicry; the different types of simulation and crowd man’s

“character”. This kind of analysis: a) allow us to observe both the natural “and” artificial condition of simulation, b) notice about the existence of more-than-functional forms of simulation and with situations in which the agent loses the control of the maneuver and c) contribute to criticizing the liberal notion of individual and to comprehend the impact that suggestive dynamic has both in shaping of subjectivity and in defining the hierarchies that permeate modern society.

Key words: Simulation; Imitation; Psychosociological discourse; José María Ramos Mejía; José Ingenieros.

Introducción

En este artículo revisitamos los desarrollos a partir de los cuales dos “médicos sociólogos”¹ argentinos pretendieron comprender, desde una perspectiva psicosociológica, el fenómeno de la simulación en la vida social. Los intelectuales a los que nos referimos, a saber, José María Ramos Mejía (1849-1914), alienista descendiente de una familia tradicional argentina, escritor y funcionario de los gobiernos de la denominada Generación del '80, y José Ingenieros (1877-1925), inmigrante italiano, alienista y criminólogo de proyección internacional, activo animador cultural, estuvieron unidos por una relación de enseñanza que, con el tiempo, se transformaría en camaradería. Recordar, por sobre otros aspectos de sus respectivas trayectorias que los acercan y permiten analizarlos en conjunto², que Ingenieros fue discípulo de Ramos Mejía³ no es un mero detalle en un trabajo que aborda un problema, el de la simulación, que está estrechamente conectado con aquellos de la imitación y la sugestión.

Poca duda cabe de que el titular de la Cátedra de Enfermedades Nerviosas de la Universidad de Buenos Aires ejerció algún tipo de influencia sobre Ingenieros, quién fuera alumno de esa clase en 1898 (Vezzetti 1996). Enterado de la vocación literaria del

¹ Usamos esta expresión para designar una, entre otras, de las encrucijadas disciplinarias en las que se localizan los escritos de Ingenieros y de Ramos Mejía. Elegida con el expreso propósito de reforzar el objetivo que aquí nos planteamos (esto es, habilitar los trabajos que los autores dedicaron a la simulación para participar en unos debates “sociológicos” actuales) la misma podría ser sustituida, válidamente, por otras, tales como “médicos historiadores” o “médicos poetas”.

² Ramos Mejía e Ingenieros convergieron en la orientación científicista y biologicista que imprimieron a sus producciones. Asimismo, ambos abrazaron el proyecto liberal positivista de construir el Estado nación argentino, movilizándolo los saberes médico sociales de los cuales eran portadores con el propósito de domeñar los efectos no queridos de los procesos de modernización (Cf. Salessi 1995; Terán 1986, 1987, 2000; Vermeren y Villavicencio 1998).

³ En *La personalidad intelectual de Ramos Mejía*, la semblanza que escribió poco tiempo antes del fallecimiento del susodicho médico, Ingenieros (1915) reconoce en éste a un “amigo”, un “consejero” y un “maestro”.

joven, así como de su interés por los temas sociológicos y psicológicos, Ramos Mejía lo incorporó a su círculo de discípulos y protegidos. Además de conversar sobre libros y de compartir los rituales de la enseñanza universitaria, desde las salas del Hospital San Roque que estaban destinadas al tratamiento de enfermedades mentales, ambos médicos incursionaron en la práctica de la hipnosis (Vezzetti 1996). Si en este aspecto los profesionales argentinos seguían la postura defendida por Jean-Martin Charcot y la llamada escuela de la Salpêtrière, la cual restringía la aplicación de la hipnosis al ámbito de la clínica de la histeria, para explicar la extensión que había adquirido la simulación en la sociedad argentina de entre siglos no dejaron de echar mano, como veremos, a la terminología y las formas de razonamientos procedentes del paradigma de la “sugestión hipnótica”.⁴

Con la publicación, en 1878, de *Las neurosis de los hombres célebres en la historia Argentina*, Ramos Mejía había inaugurado una línea de reflexiones que indagaba la conexión entre las psicopatologías individuales y las patologías de la sociedad; linaje en el que *La simulación en la lucha por la vida* (1920a) [1901], el ensayo que Ingenieros escribió como introducción a su tesis sobre la *Simulación de la locura* (1918) [1900], también abrevaría. Sin embargo, en relación al tópico de la simulación, la dirección en la que se habría desarrollado, entre ambos autores, la relación de influencia, parece estar invertida -es el texto del discípulo el que habría sugerido el motivo al maestro- o, al menos, “mutualizada”: así como Ramos Mejía menciona a Ingenieros entre los antecedentes de su estudio sobre la simulación del talento, en la tercera edición del afamado ensayo, el intelectual oriundo de Italia incluye una larga cita de *Los simuladores del talento*, dando una inflexión local a una categoría que había sido forjada, inicialmente, en una conversación con autores europeos (Mailhe 2013b).

Con independencia de tales remisiones cruzadas, corresponde subrayar que los escritos de los dos médicos resultaron atrapados por la sugestionabilidad del “discurso de la sugestión” (Borch 2019). La expresión entrecomillada designa la trama de

⁴ A lo largo de la década de 1890 comenzó a ganar predicamento la idea, sostenida por August A. Liébeault e Hippolyte Bernheim, figuras principales de la Escuela de Nancy, de que la hipnosis era efectiva, asimismo, con individuos “normales” y de que su funcionamiento no estaba basado en aspectos orgánicos, sino en la “sugestión”, un mecanismo mental que producía fenómenos como las ilusiones y las alucinaciones. En combinación con el modelo de la sugestión, la hipnosis traspuso el umbral de la clínica, utilizándose para comprender toda una serie de comportamientos colectivos que tenían significación para el campo del derecho, la política y la economía (Borch, 2012:33; van Ginneken, 1992: 144-145).

reflexiones articuladas, hacia fines del siglo XIX, al interior de múltiples campos de saber (la criminología, la psicopatología, la psicología de las multitudes, la sociología) que apelando al término sugestión o a otros vocablos afines (como contagio, imitación, fascinación, sonambulismo) analizaron, con fines que excedían los propósitos clínicos o terapéuticos, la cuestión del ascendiente que ciertos agentes tienen sobre otro u otros.⁵ En ese sentido, tanto Ingenieros como Ramos Mejía enmarcaron sus planteos sobre la simulación en la atmósfera de sugestionabilidad generalizada que caracterizaba a la vida urbana moderna, y de la cual la Buenos Aires de fin de siglo no era ajena.

El vínculo que la problematización de la simulación mantiene con la percepción que los dos intelectuales (que desempeñaron puestos claves en instituciones estatales de disciplinamiento social)⁶, tenían acerca de los efectos no deseados de la modernización, en particular con el problema de la desviación, ha sido destacado en trabajos anteriores (Caponi 2016; Ferrás 2006; Ludmer 2017; Molloy 2012; Salessi 1995; Stecher 2011). Sin desconocer tal conexión, la relectura que aquí proponemos apunta a habilitar *La simulación en la lucha por la vida* y *Los simuladores del talento* para participar, en tanto “discursos de memoria” (Courtine 1981), en los debates contemporáneos acerca de la incidencia que tiene la mimesis en las relaciones sociales.

En los últimos años se ha desarrollado, en el ámbito anglosajón, una línea de estudios sociológicos acerca del contagio, la imitación y la sugestión que se caracteriza porque recupera, bajo diversas modalidades analíticas, los desarrollos que, alrededor de dichos conceptos, produjeron, entre fines del siglo XIX y los primeros años del siglo XX, un conjunto de autores procedentes de los países del “Norte”. Así, por ejemplo, las reflexiones que Gabriel Tarde vertiera acerca de la imitación se rehabilitan para explicar, entre otros temas de actualidad, el funcionamiento del mercado financiero (Bondo y Borch 2019) y los fenómenos de contagio en las redes sociales digitales (Mitchell y

⁵ En *La suggestibilité*, un texto al que Ingenieros dedicó una reseña al poco tiempo de su aparición, Alfred Binet (1900:10) define la sugestión como la presión moral que una persona ejerce sobre otra, por intermedio de las inteligencias, las emociones y las voluntades, en función de la cual el individuo sugestionado procede un modo distinto de como lo haría si procediera por sí mismo. Ingenieros estaba al tanto de las controversias que mantuvieron la Escuela de La Salpêtrière y la Escuela de Nancy acerca de la significación y alcance de la sugestión hipnótica. En *Histeria y sugestión* (1919) [1904] se posicionó en relación con la querrela concitada por la histeria, asumiendo una postura conciliadora (Mailhe 2013a).

⁶ Ramos Mejía fue Director de la Asistencia social, presidente del Departamento Nacional de Higiene y estuvo a la cabeza del Consejo Escolar, mientras que Ingenieros ejerció como jefe de clínica en el Servicio de Observación de Alienados de la Policía de Buenos Aires y dirigió el Instituto de Criminología anexo a la Penitenciaría Nacional (Terán 1987).

Münch 2019). La concepción fisiopsicológica de la mimesis que, siguiendo los desarrollos de Charles Féré, sostuvo Friedrich Nietzsche, se estudia con la finalidad de ponerla en conexión con las implicancias que el descubrimiento del sistema de las denominadas “neuronas espejo” tiene para la epistemología de las ciencias sociales, como para la política y la cultura contemporánea (Lawtoo 2019). En forma más general, los aportes de los autores a los que antes nos referimos y de otros vinculados a la historia del pensamiento psicosocial (tales como Hippolyte Bernheim y Pierre Janet), resultan revisitados con la finalidad de renovar la epistemología de las ciencias sociales en direcciones que apuntan a horadar algunas de las oposiciones dicotómicas que las atraviesan -así, razón-emociones, individualismo-holismo, monismo materialista-dualismo espiritualista- (Borch 2019; Brighenti 2014).⁷

Teniendo en cuenta que tal *revival* del discurso decimonónico de la sugestión se encuentra circunscrito a planteos realizados desde las sociedades del “Norte”, la operación de lectura que aquí llevamos a cabo procura ampliar y descentrar el *corpus* de materiales al que se remiten tales investigaciones, incorporando al mismo las voces provenientes de autores del “Sur”. La misma se justifica porque, como desarrollaremos a lo largo del artículo, en el esfuerzo por explicar y clasificar las diversas formas de simulación, para de ese modo articular una crítica -con fuertes tintes moralistas- a la cultura burguesa, Ingenieros y Ramos Mejía pusieron el foco sobre el aspecto mimético de las relaciones sociales tal como estas se configuran en la modernidad; dimensión sobre la que también insistió, en los mismos años, Gabriel Tarde. En ese movimiento, sus escritos abordaron problemas -tales como las relaciones entre lo animal y lo humano; la cuestión de los límites de la identidad personal- y pusieron de resalto dimensiones de análisis -así, los aspectos imaginarios y afectivos de las relaciones sociales- que ocupan un lugar destacado en las discusiones actuales.

El artículo está organizado de la siguiente manera. En el primer apartado argumentamos que al poner en relación la simulación con el mimetismo animal, Ingenieros y Ramos Mejía aportan, si bien en forma tenue, una serie de elementos que permiten pensar aquello en lo que la sociabilidad humana se asemeja y se diferencia de

⁷ Por fuera del ámbito de la sociología, otras investigaciones teóricas interdisciplinarias focalizadas sobre fenómenos sociales que involucran una “transmisión” de un agente a otro/s -así, verbigracia el estudio que P. Mitchell (2012) dedica a la metáfora del contagio y el trabajo de T. Brennan (2004) sobre la transmisión del afecto- retoman, asimismo, el discurso decimonónico de la sugestión.

la animal. Por su parte, en el segundo apartado nos ocupamos de los desarrollos que en los libros de uno y otro autor reconocen “tipos” de simulación y “vicisitudes” en las experiencias de simulación que, al tiempo que exceden la explicación funcionalista del fenómeno, ponen el foco sobre la incidencia que la dimensión imaginaria y, más en general, el registro del deseo tiene en la vida social. En el tercer apartado mostramos cómo al conectar la problemática de la simulación con los debates psicológicos acerca del carácter, los intelectuales argentinos contribuyen a la crítica del sujeto liberal.

1. Del mimetismo a la simulación

“Leo en el *Viaje de un naturalista* que ciertos sauros se hinchan cuando están irritados” (Ramos Mejía 1904:7). Con esa remisión al diario de Charles Darwin, el autor introduce una de las múltiples alusiones a los comportamientos de especies animales a las que apela a lo largo de su libro, tanto para explicar analógicamente las acciones de simular y disimular, como para ilustrarlas.

Por su parte, a juzgar por lo que Ingenieros menciona en las primeras páginas de su ensayo, las marcas que el evolucionismo darwiniano dejó en la escritura de *La simulación en la lucha por la vida* se remontan hasta el contexto de descubrimiento de la tesis en torno a la cual la misma pivotea, esto es, que los delincuentes simulan la locura para escapar a la responsabilidad penal⁸. En efecto, fue Darwin, “siempre presente” en el “espíritu estudioso” del autor (Ingenieros 1920a:12), el que le habría permitido advertir que el capullo del gusano que se arrastraba por la pared de su habitación mientras leía *El enfermo imaginario* de Molière oficiaba como “disfraz” con el que el animal conseguía escapar a las miradas peligrosas de sus enemigos.

La cita tácita de Ramos Mejía y la referencia explícita de Ingenieros son útiles para recordar que el evolucionismo, en la versión que del mismo propone el darwinismo social, modeló la mirada que ambos proyectaron sobre la simulación, a la que pensaron por analogía con el mimetismo animal. Si bien este último término, que fue acuñado en 1862 por el biólogo Henry Walter Bates, no figura entre las páginas de *La selección de las especies*, en su libro Darwin demostró cómo la semejanza de forma o de color entre

⁸ Los escritos que a comienzos de la década del 1900 Ingenieros dedicó al tema de la simulación están motivados por el problema práctico de auxiliar a la justicia en el descubrimiento de la verdad tanto acerca del delito como de la locura (Caponi 2016; González 2002).

el cuerpo del animal y los objetos del medio o de otras especies le permitía esconderse de las especies enemigas, sea para defenderse o atacar sin ser vistos, y así adaptarse más eficazmente. Científicos contemporáneos al biólogo inglés (Alfred Wallace, Moritz Wagner) retomaron estos postulados, avanzando en la descripción y clasificación de las diversas tácticas adaptativas (von Stecher 2011).

En la actualidad el mimetismo designa, en las ciencias naturales, formas diferentes de encubrimiento, que incluyen no solo el camuflaje visual sino, asimismo, el vocal y el olfatorio (Brighenti y Castelli 2016). En cambio, en los trabajos pioneros sobre el tema, así, por ejemplo, en los estudios del entomólogo francés Maurice Girard, al que Ingenieros alude en *La simulación en la lucha por la vida*, predominaba la atención sobre aquellas formas de mimetismo que, para engañar al receptor, se sirven del registro visual.

De la mano de la trasposición de categorías procedentes del ámbito de las ciencias naturales, ambos autores postularon la continuidad entre el mundo biológico y el mundo social en lo que respecta al uso de tácticas de encubrimiento para mejorar la *performance* adaptativa: tal como argumenta Ingenieros (1918), existe una marcada equivalencia entre las leyes de Wallace sobre los fenómenos miméticos y las circunstancias en las que se produce la simulación de los delincuentes.

Varias décadas después, el filósofo y ensayista francés Roger Caillois, un autor caro al linaje de la alta cultura liberal argentina a la que pertenecía Ramos Mejía⁹, destacó la continuidad entre el mimetismo humano y el animal. Así, en *El mito y el hombre* (1939) Caillois (que llegó a la Argentina en 1939 para dar una serie de conferencias y cursos y terminó quedándose hasta 1945 porque el estallido de la Segunda Guerra le impidió regresar a Francia -Aguilar 2007), observa que los animales y los humanos hacen lo mismo. En una dirección semejante, el zoólogo suizo Adolf Portmann (1990) ha llamado la atención respecto de las variopintas formas de expresión, (incluyendo el camuflaje), a través de las cuales los animales se manifiestan en el espacio y en el tiempo. Al darse a sí mismos un aspecto con el que comparecer a la luz, los animales poetizan la vida biológica.

⁹ Traductor al francés de Jorge Luis Borges, Caillois fue un autor caro al grupo de intelectuales y personalidades que orbitaba en torno a la revista *Sur* creada por Victoria Ocampo.

Las elaboraciones de Caillois y de Portmann han sido recuperadas en trabajos recientes para argumentar en torno del carácter ampliado o más precisamente profundizado, pero en ningún caso intrínsecamente diferente, que el mimetismo humano asume en comparación con el mimetismo animal (Brighenti y Castelli 2016) y, en forma más general, para pensar las continuidades y diferencias en el modo en que animales y hombres se vinculan con las imágenes.¹⁰ Así, mientras los animales *performan* la mímica en la superficie del cuerpo, los seres humanos se sirven de la imaginación y del lenguaje: se cuentan historias (Caillois 1939; Brighenti y Castelli 2016). Asimismo, en los primeros, los recursos a través de los cuales se da una apariencia se encuentran incorporados, unidos al propio cuerpo. En cambio, los hombres y las mujeres apelamos a otros cuerpos, separados y distintos del propio (así, al vestido, los tatuajes, las joyas) para componer nuestra apariencia y expresar nuestra subjetividad (Coccia 2011).

La ampliación del repertorio de medios, técnicas individuales y colectivas, a través de los cuales los seres humanos, en comparación con los animales, simulan (y que comprende tanto el lenguaje como toda una serie de objetos del mundo exterior), no pasó desapercibida a los autores argentinos. “Nunca es más animal el hombre -dice Ramos Mejía (1904:6)- que cuando se defiende así”, esto es, simulando. El autor asume que la simulación participa de las leyes generales de la vida. Pero, al mismo tiempo, la utilización profusa, a lo largo de su texto, de metáforas que remiten al modelo de la “prótesis” traduce la intención de marcar aquello en lo que el mimetismo humano se diferencia del animal. Semejante a la cirugía ortopédica, el arte de simular involucra, en los humanos, el injerto o la agregación de cosas postizas, todo lo cual exacerba el carácter artificial, manufacturado, que tiene en sí la maniobra. Además de explayarse sobre los diversos medios que los hombres emplean para efectivizar el engaño, Ramos Mejía (1904:174) introduce en la discusión la cuestión (consonante con el interés que despiertan, actualmente, los aspectos infraestructurales del contagio y la sugestión) de lo que denomina los “auxiliares impersonales” de la simulación: esto es, a los “agentes inanimados de que echa mano el simulador para constituir su arsenal de dispositivos

¹⁰ Los hombres tienen un vínculo más estrecho y constitutivo que los animales con las imágenes, de las cuales dependen, según la conocida interpretación lacaniana, para constituirse como sujetos, y en las cuales se pierden hasta el punto de devenir capaces de producirlas (Coccia 2011).

que han de hacer la gestión de su negocio: la prensa y sus derivados, el periódico ilustrado, la caricatura, el retrato y la fotografía”.

De una conciencia semejante acerca de la potencia “vehicular” de la prensa en la Buenos Aires de fin de siglo dio cuenta su discípulo. En un texto que dedica a analizar los fenómenos de contagio moral en los ambientes criminales, Ingenieros (1920b:106) presta atención al modo en que, en el contexto de la epidemia de “moreirismo”¹¹ que se había desatado en la ciudad de Buenos Aires en el año 1900, ciertos sujetos de “mala vida” agregaban a su traje habitual, los atributos de la antigua vestimenta gauchesca, y decidían resistir a mano armada a las autoridades. Reproducidos por la prensa, esos rasgos contribuían a crear una atmósfera de criminalidad que inducía a otros sujetos a simular el “moreirismo” en escenarios más modestos.

Asimismo, la agudeza analítica de Ingenieros le permitió percibir la eficacia del medio que constituye el lenguaje en relación con el juego de dobleces que entraña la simulación. Así, al comentar el caso de un escritor francés que durante años simuló, en revistas literarias ultramodernas, una serie de inventos y sucesos que descansaban sobre el absurdo disimulado por las apariencias lógicas, incluyó una referencia que expresa el papel que los significantes, producidos y puestos en circulación por los individuos, tienen en las maniobras de simulacro. El nombre con el que tal bizarro personaje firmaba sus escritos, “Lemice Terrieux”, suena, advierte Ingenieros (1920a:147), “Le Mystérieux: el misterioso”.

De manera más amplia, Ramos Mejía insiste en la espiritualización de los medios de protección a los que los hombres recurren en la lucha por la vida, en el contexto de una estrategia argumentativa que apunta a distinguir el mimetismo animal del humano. Ingenieros hace lo mismo, pero el acento, en su caso, se coloca en lo que tal proceso

¹¹ La expresión apunta a la generación de una moda o estilo que buscaba emular los atributos de coraje y virilidad que caracterizan, en la visión popular, al célebre héroe que fue “Juan Moreira”. Caído en desgracia tras dar muerte a un inmigrante italiano que, al negar la existencia de una deuda monetaria, había ofendido su honor, el gaucho Moreira inicia una carrera delictiva en la cual se forja una reputación de “gaucho malo” cuyas transgresiones a la ley estatal son interpretadas como formas de ejercicio de la justicia popular. Como percibe tempranamente Ingenieros, la prensa desempeñó un papel fundamental en la construcción de la figura de este “héroe bandido” (largamente elaborada en los ámbitos del folletín, el circo y el teatro), cuya identidad “real” se preocupó por develar. En esa dirección, en 1910 dio una conferencia en la Sociedad de Psicología de Buenos Aires en la que, con la apoyatura de materiales de archivo (los expedientes judiciales de las “causas” que se habían seguido en la Provincia de Buenos Aires contra Moreira) arribó a la conclusión de que, lejos de ser un exponente de lo mejor del “criollo”, el mismo era un amoral congénito; en términos lombrosianos, un delincuente nato. En el capítulo III de *El cuerpo del delito*, que nos sirvió de inspiración para armar esta nota, J. Ludmer (2017) muestra las formas proliferantes que el personaje de “Juan Moreira” asumió en la cultura argentina desde fines del siglo XIX y a lo largo del siglo XX.

significa en el contexto del movimiento general de las sociedades. En consonancia con la grilla de inteligibilidad evolutiva a partir de la cual concibe los hechos sociales, sostiene que mientras en las sociedades primitivas los hombres conseguían imponerse al medio apelando a la violencia y la fuerza, en las sociedades civilizadas la lucha por la vida adquiere medios “más sinuosos, mullidos y escorzados” (González 2002:135).

La simulación es una forma de resolver el conflicto que se plantea entre el individuo y la sociedad cuando el primero carece de las aptitudes y habilidades que lo pondrían en conformidad con el medio. Fingiendo (con conciencia del perjuicio que en beneficio propio inflige al o a los falsificados), las cualidades que determinan el triunfo del “modelo favorito” (Ingenieros 1920a:89), el simulador consigue adaptarse a la corriente.

Con lentes sociológicas, el autor de *La simulación de la locura* postula que el medio social condiciona o establece mecanismos de inclusión y exclusión más o menos proclives a la simulación (Ferrás 2006:147). Así, en la Argentina de fin de siglo, en la cual la política inmigratoria había promovido la irrupción de una población aluvional, la simulación es tematizada como el artilugio empleado preferentemente por el sujeto inmigrante que procura eludir la mirada, sea disciplinante, sea moralista y aristocratizante, de los intelectuales y expertos, que lo confina a alguna institución de encierro o lo deja fuera de ciertos juegos sociales (Míguez y Reydó 2005).

Es que, desde la perspectiva de las elites, la inmigración representaba, por un lado, un progreso en términos de poblamiento y mejoramiento de la raza, pero, por otro lado, también incluía, en sus intersticios, el fantasma de la simulación (Terán 1987:52). Ello se explica porque al igual que otras regresiones psicológicas verificables en los estados de multitud, se necesita cierta complejización de la vida social y de la personalidad para simular¹², de la que se suponía que los inmigrantes eran portadores en tanto representantes de la civilización.

Concebida como un medio espurio de expansión individual y del consecuente deseo de ascenso social en una sociedad contaminada por el veneno de la “obsesión mercantil” y la “megalomanía plutocrática”, el análisis de la simulación del talento

¹² En la perspectiva de Ramos Mejía (1904:11) la simulación suponía una retroversión, un *à rebours* en la evolución: el hombre desciende de su altura de Adán degenerado para pedir al mono perfeccionado lo que la perfección de su propia especie no puede darle.

funge, en Ramos Mejía (1904:70), como un método destinado a contener la movilidad social (que protagonizaban, particularmente, los inmigrantes)¹³ y a establecer científicamente nuevas jerarquías (Ludmer 2017), fundadas en la distinción entre los méritos verdaderos o reales y aquellos impostados¹⁴. Crítico agudo de la cultura de masas, el destacado higienista sospecha de la potencia de lo falso hasta el punto de dejar sembrada la duda, según desarrollaremos en el apartado siguiente, de si el único talento, en una sociedad dominada por la fiebre de la imitación, no es, finalmente, el del simulador (González 2007).

Ciertamente, el interés por la simulación se desprende de la prioridad que, en consonancia con los planteos de Bichat y con la orientación prevaleciente en el discurso psicopatológico de la época, tenía, para los dos médicos-sociólogos argentinos, el estudio de “lo patológico” por sobre “lo normal”. Porque, como expresa Sylvia Molloy (2012) a propósito de Ingenieros, hay algo de delincuente en toda simulación y, podríamos agregar, también, un grano de locura. Una consciencia semejante justifica el sostenido interés que despiertan, en Ramos Mejía, los sujetos “fronterizos”, quiénes, al no poder mantener la disciplina que exige domeñar la tensión -presente en toda forma de simulación- entre el deseo de ocultar y el deseo de expresar, terminan por perder el control, desbordándose en el asesinato o en la agresión compensadora (1904:144).

Si bien este último piensa la simulación en la relación privilegiada que esta tiene con la política y la locura, mientras Ingenieros se ve atraído por sus desarrollos en el ambiente criminal, ambos asumen que se trata de un recurso extendido en los ámbitos más variados de la acción humana. La capilaridad social del mecanismo es una de las obsesiones del intelectual italiano que, conmovido por el modo en que el engaño recíproco se había transformado en la tónica de época, se ocupa de describir algunas de

¹³ Paradójicamente, esta pretensión re-jerarquizadora que encierra la escritura ramosmejiana resultaba aplicable a su discípulo. Perteneciente a una familia de clase media procedente de Italia, José Ingenieros experimentó, a lo largo de su vida, un proceso de movilidad social ascendente que le franqueó el acceso a posiciones de poder comparables con las que detentó Ramos Mejía, conspicuo miembro de la aristocracia patricia. Tal posibilidad estuvo mediada, en el caso de Ingenieros, por la educación y el desarrollo de una carrera académica inserta en redes transnacionales de intelectuales y favorecida por la acumulación de un capital social que incluía relaciones con importantes personalidades del mundo de la política y de la elite intelectual, como era el propio Ramos Mejía.

¹⁴ Al efecto de develar aquello que pasaba por mérito pero que en realidad no lo era, contribuyó en gran medida *El hombre mediocre*, el ensayo en el que José Ingenieros (2016) [1913] se ocupa de desarrollar una teoría de la aristocracia del mérito. Al tiempo que exalta la conquista de la personalidad interior por el trabajo y el estudio, que tiene por horizonte el ideal del genio intransigente y marginal (Mailhe, 2013b), Ingenieros condena, en tal ensayo, la mediocridad de quienes descansan en la comodidad de lo heredado socialmente y personalmente, lo que incluye tanto a los sectores adinerados, como a la élite intelectual que mantiene una relación de dependencia respecto del Estado.

las múltiples “ficciones organizadas” (Ingenieros 1920a:208) a partir de las cuales funcionan, en desmedro de la investidura afectiva y moral de la vocación, las profesiones en la sociedad moderna.

Si el común de los hombres, incapaces de imponer la propia personalidad, recurren siempre en algún grado al engaño para parecerse a sus *partenaires* en los juegos sociales de los que participan, de la mano de la manía taxonómica que caracteriza a la empresa positivista, Ingenieros se esfuerza por hacer lugar, en el discurso psicológico del carácter al “simulador mesológico”, esto es, a aquellos individuos que se sirven utilitariamente de la simulación como “medio habitual” en la lucha por la vida.

En los planteos más generales que se desprenden de los trabajos de ambos autores, la simulación se concibe en términos instrumentales, esto es, como un recurso estratégico controlado por individuos que simulan o disimulan “para”: evitar el servicio militar obligatorio o el castigo penal; ascender en la lucha por la vida, darse una personalidad, forjarse una reputación.¹⁵ En esta dirección, al igual que en la sociología de la interacción social que delineara, varias décadas más tarde, Erving Goffman (1997) [1959], en la que la auto-presentación de los individuos en las situaciones de interacción se comprende con la ayuda de metáforas lúdicas, los intelectuales argentinos representan la simulación a través de una metaforización lúdica de la vida social (González 2002); dónde lo que resulta esencial, además del cálculo, es el control de la información que, acerca de sí mismo, posee el simulador, no menos que un refinado manejo del sentido de la oportunidad.

En un artículo en el que *La simulación de la locura* se pone en relación con el seminario que en 1973 Michel Foucault dedicó al poder psiquiátrico, Sandra Caponi (2016) argumenta que, si bien reforzada y prestigiada por el paradigma evolucionista, la valencia funcionalista y estratégica de la simulación era un tópico presente en el discurso de psiquiatras, alienistas y criminólogos mucho antes de que la teoría evolucionista se integrara al discurso médico y psiquiátrico.

Mientras Caponi se esfuerza por relativizar y matizar la significación teórica que el evolucionismo tenía en la comprensión de la simulación, en el apartado siguiente

¹⁵ Los réditos que el simulador obtiene son siempre correlativos al grupo social cuyos valores emula y al que intenta asemejarse. En el ensayo al que se refiere al tema de la “vanidad criminal” Ingenieros (1920b) alude a la utilidad que, en términos de prestigio, reporta a ciertos sujetos fingirse autores de delitos que no han cometido en los ambientes de “matonismo” o “picardía”.

sostenemos que los textos de Ingenieros y Ramos Mejía aportan elementos para pensar la simulación en términos “más que funcionales” y contribuyen a visualizar los límites del control que el agente tiene sobre la acción misma de simular.

2. Desbordes: más allá de la utilidad y del control

¿Qué máscara usaré? Poseo un verdadero elenco de faces y un amplio repertorio de papeles. Lo prudente es que hoy exhiba una serenidad neutra, cara *standard* que permite adosar llegado el caso las más distintas expresiones. La simulación culmina en algunas circunstancias haciéndome olvidar que finjo. Es peligroso. Esta vez trataré de actuar yo, personalmente, no el *alter ego* que a menudo se expide por mi boca. (Filloy, Juan, *¡Estafen!*, 2010 [1932]).

Ingenieros y Ramos Mejía pensaron la simulación como un refinado medio de encubrimiento de una carencia o falta que activa y controla (manipula, regula, dosifica, calibra) un agente con una finalidad precisa: conseguir una adaptación exitosa al medio social en el que vive. Sin embargo, como argumentaremos en este apartado, de sus textos se desprenden elementos que muestran que la misma desborda, en algunas tipologías y circunstancias, el paradigma utilitario y, como sabía muy bien el personaje del “estafador”, delineado por el escritor argentino Juan Filloy, fingir es un juego peligroso que puede escapar al control del agente.

Consideremos, en primer lugar, al fumista, uno de los subtipos de “simuladores innatos” en el que el propio Ingenieros se reconoce (Kahan 2000, Ludmer 2017, Salessi 1995). El fumista es un “artista de la simulación” (Ingenieros 1920a:146) que despliega la “fisga”, una burla que se hace a una persona con arte, usando palabras irónicas y acciones simuladas (González 2002:150), de manera desinteresada, por el mismo placer que tal *performance* le reporta. Mientras que el simulador mesológico expresa la ética burguesa del ahorro y la conformidad, esta otra forma de engaño se asocia a una ética rebelde, anárquica: incursionando en un gasto inútil, el fumista se deleita en precipitar a otros espíritus en los despeñaderos de sus ficciones (Ingenieros 1920a:146). Exceso de energías invertido en un juego que es signo de superioridad y que se despliega conforme la lógica de las instituciones, la finta revela la falsedad de la simulación generalizada a partir de las cuales aquellas se edifican.

En tanto expresión de la estetización de la vida, en esta forma de simulación resuena lo que el biólogo experimental Paul Vignon llamó, refiriéndose a los comportamientos de ciertos insectos, “hipertelia”, esto es, un fenómeno de mimetismo que rebasa la finalidad práctica expresándose como un “ornamento inútil” (1930:399); un “lujo” o “refinamiento” (1930:692) que “decora” obedeciendo a una lógica íntima y misteriosa (Vignon 1930:423). Sirviéndose de tal concepto, Roger Caillois (1939) subraya el carácter más que funcional del mimetismo: aun cuando se busca producir una semejanza natural, la tendencia a la exageración, incluso hacia lo *kitsch*, es inevitable a tal experiencia.

Ciertamente, tales referencias al exceso, la desmesura y el lujo, presentes, asimismo, en los planteos de Georges Bataille (2003 [1970]; 2005 [1976]) acerca del “gasto improductivo”¹⁶ y en los debates sobre “lado barroco” de la modernidad (Díaz 2016), no participan de la caracterización que, en su forma darwinista social más general, José Ingenieros y José María Ramos Mejía ofrecen de la simulación. Sin embargo, como surge de la lectura de Horacio González (2002), mientras en la escritura ramosmejiana las marcas del biologicismo positivista se entremezclan con aquellas del barroco, a Ingenieros no se le pasó desapercibido que la posibilidad de una “alegorización de los procesos sociales sobre el esqueleto de una ciencia natural” tenía asidero en el propio texto darwiniano. Así, en *La simulación en la lucha por la vida* advierte, con recurrencia, acerca de la significación metafórica o figurada que el sintagma “lucha por la existencia” tenía en Darwin. Aunque no desplegaron una teoría barroca de la simulación, ambos médicos-sociólogos hicieron hincapié sobre aquello que la misma tenía de artificial, de ficción entendida en términos de modelaje. No resulta casual, en esta dirección, que, para comprenderla, hayan apelado (como hacia mediados

¹⁶ Cofundador, junto al propio Caillois y a Michel Leiris, del mítico Colegio de Sociología, Bataille se sirvió de la noción de gasto improductivo, que remite a lo que se prodiga y se destruye sin cálculo, a pura pérdida —así, el lujo, las guerras, los cultos, las construcciones de monumentos suntuarios, el arte, etc.—, para articular una crítica a la cultura burguesa que, organizada en torno de la actividad social productiva, deja de lado las expresiones de magnificencia y la destrucción de posesiones a través de las cuales, en sociedades del pasado, los poderosos, al tiempo que aseguraban su rango, contribuían a procesar la sobreabundancia de energía universal y específicamente humana. La clase burguesa se diferencia de la aristocracia y de los grupos que en otras sociedades detentaban la riqueza, porque como condición para la aceptabilidad de su dominación, “disimula” en lo posible sus gastos frente a las demás clases (Bataille 2003 [1970]:125). En *Los simuladores del talento*, texto que articula una crítica a la cultura burguesa desde una perspectiva aristocrática, Ramos Mejía se explaya sobre las diversas estrategias de simulación y disimulación que surcarían las trayectorias ascensionales de los hombres carentes de auténtico talento.

del siglo XX hizo Erving Goffman con tanto éxito), al lenguaje del teatro¹⁷. Entendida como un derivado social del arte dramático (Ramos Mejía 1904:167), la simulación supone la distinción entre dos planos: un plano público, en el cual tiene lugar la actuación falsa o ficticia que se presenta con la intención de engañar; y un plano de interioridad, oculto (el del diálogo con uno mismo al que se alude en el epígrafe de este apartado), que se corresponde con las auténticas o reales habilidades, inclinaciones, tendencias, del sujeto. En ese juego de dobleces, de contrastes y de pasajes o tránsitos de un registro a otro, se produce la simulación. La personalidad que emerge como consecuencia de tal clase de maniobras se erige en la zona fronteriza que se demarca entre lo que se procura ocultar, retener, callar, disimular¹⁸ y lo que se muestra, que Ingenieros (1920a:114) no duda en calificar de “actuación”: el simulador es un actor que recita y no puede prescindir de su público.

La existencia de una línea que separa un campo de visibilidad, una superficie en la que se desarrolla la acción deseada en forma falsa, de un fondo o interior verdadero, establece una diferencia con la imitación. Esta última supone el previo modelado moral del agente que actúa exteriormente conforme a un ejemplo y está privado de la intención de engañar¹⁹. Un párrafo procedente de *La simulación en la lucha por la vida* (Ingenieros 1920a:28) apunta a resaltar tal diferencia.

[La imitación] consiste en hacer algo a semejanza de lo imitado, que sirve de modelo (...) se refiere al hecho en sí mismo, en su realidad: imitar una buena o mala acción significa hacer otra realmente buena o mala (...). Cuando no se ejecuta a semejanza de otra, pero se fingiere hacerlo, hay simulación (...) en la simulación, las apariencias exteriores de una cosa o acción, hacen confundirla con otra, sin que efectivamente le equivalga. (Ingenieros 1920a:28)

¹⁷ Para describir las interacciones cara a cara de la vida cotidiana, el sociólogo estadounidense empleó, como recursos conceptuales, metáforas teatrales, tales como “escena”, “máscara”, “público”, “rol”, “personaje”, etc., lo cual hizo que su modelo recibiera el nombre de enfoque dramático o análisis dramatúrgico de la vida cotidiana (Rizo García 2011). Cabe resaltar, por la afinidad que tienen con los aportes de los autores argentinos acerca de la simulación, que al analizar los encuentros cara a cara, Goffman (1997) [1959] diferenciaba dos formas de expresividad: el uso de símbolos verbales (o de sustitutos de éstos) con el propósito deliberado de transmitir la información asociada con ellos, y luego todo un amplio rango de acciones, presuntamente involuntarias, que “emanan” de un actor, las que, en la lectura sintomática que efectúa Goffman, permitirían descubrir, de manera indirecta, las actitudes, creencias y emociones “verdaderas” o “reales”.

¹⁸ Traspasar el umbral que delimita una zona de visibilidad y otra de invisibilidad, depara al observador crítico de la cultura burguesa que fue Ramos Mejía (1904:17), encontrarse con la “nada”: “apenas penetráis más allá del dintel de la puerta, el vacío se prende con su olor a tierra húmeda como en los sepulcros y en los sótanos abandonados”.

¹⁹ Tarde (2011) sostiene que la imitación procede *ab interioribus ad exteriora*, desde adentro hacia afuera; eso significa que uno únicamente puede producir una imitación visible (como un gesto, un acto, etc.) solo después de que la conversión intelectual haya ocurrido.

Gabriel Tarde concibe la imitación como un fenómeno que se desarrolla espontáneamente entre los seres humanos y que es inherente a las competencias básicas de la socialización. Mientras que, por el contrario, la simulación se presenta inicialmente como una experiencia en la que todo parece artificial, preparado y tramado (Brighenti y Castelli 2016). Esta nota de artificialidad se encuentra reforzada por la comparación, cara a ambos intelectuales argentinos, entre el simulador y un actor teatral que en ningún caso realiza efectivamente una acción, sino que la interpreta en una escena preparada. Sin embargo, según el propio Ingenieros (1920a:30) admite, la línea divisoria que separa la imitación de la simulación no es absoluta, y la distinción que tan meticulosa y sutilmente se empeñó en trazar resulta transgredida en muchas situaciones.

Como apunta Frédéric Paulhan (cuyos aportes al campo de la psicología del carácter irrigan los libros de los autores argentinos), para poder arribar a la simulación, el sujeto tiene que experimentar en algún grado aquello que se simula. Entonces, el solo hecho de que el mismo se represente lo que pretende simular implica que, en algún grado, ya lo experimenta (Paulhan 1902:464).

Asimismo, otro de los modos en que puede percibirse que la línea que separa lo ficticio de lo real no es tan nítida como en principio parece, consiste en preguntarse, como hace el psicólogo francés y también Ingenieros, por aquello que condujo a un individuo a simular “algo” y no “otra cosa”. Una tal interrogación nos coloca en la senda del “deseo” que motoriza la simulación y que las acciones, poses, modos de hablar que se fingen en la pretensión -semiconsciente o inconsciente- de emular un (algún) modelo, expresa de cada uno. Esto es, de aquello que, como sabemos a partir de la enseñanza del psicoanálisis, es una demanda que fracasa, reiteradamente, en su intento de articularse. Es probable que Ingenieros (que se había adentrado en el problema de la etiología de la histeria y escribió, entre otras tantas cosas, sobre el amor), haya intuido que la práctica de la simulación constituye una forma -entre otras posibles- de poner en escena un deseo. En esa dirección, en *La simulación en la lucha por la vida*, acota que conviene reconocer que muchas veces hay un “fondo sincero” (1920a:159) en lo que se simula: el solo hecho de querer fingir algo significa que el individuo estima o desearía poseer la personalidad simulada. Es que cada uno finge lo que no es pero “quisiera parecer en el momento de enmascararse para engañar a su semejante” (Ingenieros,

1920a:85). Cuán consciente o inconsciente es el sujeto de un tal “querer” es difícil de determinar; en todo caso el autor argentino no se hace esa pregunta.

Además de los jirones semiconscientes o inconscientes de “verdad personal” que dejan traslucir las fantasías que sostienen la simulación (cuando no los medios o recursos con los que el agente “se adorna” con el propósito de engañar), para complicar aún más las cosas, es menester considerar los efectos que en el transcurso de tal experiencia produce la autosugestión. En los textos de los autores argentinos esta cuestión aparece tratada en dos planos.

Por un lado, despuntando una línea de indagación afín con el tipo de análisis de la interacción social que Erving Goffman desarrollaría varias décadas más tarde en los Estados Unidos, Ingenieros presta atención a la inflación deliberada de los aspectos expresivos o dramáticos que decoran y contribuyen a cimentar el prestigio de una determinada actividad; así, verbigracia, a los acuerdos tácitos que sostienen las profesiones.

Más relevante a los fines de comprender la lógica de la simulación es la autosugestión considerada en el plano individual, cuyas peligrosas consecuencias pone en claro el personaje del “estafador” de la novela de Filloy: está el riesgo de perder el control y terminar convirtiéndose en lo que en principio se simulaba o bien quedar atrapado en un circuito de imágenes sin referente real alguno. Sobre tal peligro se explaya Ingenieros (1920a:129-130) recurriendo al ejemplo del teatro: la autosugestión facilita a los artistas dramáticos el desempeño del papel, pero “también expone a yerros graves, por la pérdida del contralor propio en el momento en que más se lo necesita”.

Asimismo, la experiencia clínica permite a los dos médicos argentinos constatar cómo la repetición, el ejercicio continuado en el tiempo de comportamientos o aptitudes fingidas, produce un estado mental, una cierta tónica, que fija al simulador en el personaje que representa. Como ilustraba el caso, invocado en *Histeria y sugestión* (1904), de una joven que decidió simular los síntomas de histeria para casarse y huir de su destino de monja y que a los pocos días elevó insensiblemente la intensidad de los mismos, hasta simular un completo delirio histérico, Ingenieros asumía que la repetición voluntaria de ciertos mecanismos los tornaba involuntarios y automáticos. En una línea de razonamiento semejante, Ramos Mejía (1904:117) comparaba la simulación con el hipnotismo: “La constante ocultación obliga al ejercicio de una táctica en que las

actitudes acaban por crear, como en el hipnotismo, sentimientos correlativos que no existían”.

No es extraño que la temática de la simulación se vincule con aquella del hipnotismo y de la sugestión, puesto que la misma se conecta con la discusión acerca de la voluntad y con las jerarquías que delinean las posiciones -relativamente activas o pasivas- con las que los individuos participan del juego social. Así, entendida en su forma mesológica, utilitaria, la simulación es expresión de la sugestionabilidad generalizada que caracteriza a la vida moderna, esto es, de las múltiples influencias a las que los “caracteres amorfos”, sobre los que volveremos en el siguiente apartado, están expuestos en la vida social. Y, al mismo tiempo, el efecto que las *performances* simuladas generan sobre las multitudes o los individuos a los que van dirigidas es hipnótico. En la lectura que de tal experiencia propone Ramos Mejía, el simulador es un sugestionador, muchas veces, además, un “sugestionador sugestionado”, al cual el rictus de la cara, el atuendo que viste, le ha sido previamente sugerido por el medio en el que vive.

Asimismo, en su libro este último autor plantea una posibilidad que desestabiliza aún más los términos de referencia (auténtico-falso; mimante-mimado) a partir de los cuales se sostienen las teorías del simulacro. Tras hacer un repaso por las diferentes formas de simular talento, postula, como hipótesis, la idea de que hay talento en simular. Sugiere que la esgrima de aptitudes y mecanismos a partir de los cuales se oculta una falta del talento, la virtud o las cualidades del genio, delinean un verdadero y nuevo género de superioridad (Ramos Mejía 1904:38).²⁰ Más allá de su osadía, la idea nos permite captar otra de las cuestiones que subyacían a la discusión sobre la simulación y a la rica batería de clasificaciones y nomenclaturas que ofrecían los estudios psicopatológicos de la personalidad. El avance del igualitarismo, la generalización de la imitación, así como de medios que permitían la reproducción técnica de imágenes, el dinamismo de la vida urbana, entre otros procesos de la modernidad, habían echado por tierra el mito del genio y socavado las distinciones aristocráticas; dando paso, no

²⁰ También la ambivalencia parece ser la tónica con la cual Tarde piensa la relación entre el “auténtico genio” y la “imitación” en la modernidad. Así, en *Las leyes de la imitación* (2011:258) advierte, no sin nostalgia, que de la mano de la generalización y la intensificación del ritmo de la imitación la auténtica invención se volvería cada vez más extraña. Pero señala, asimismo, que la ingeniosidad de la imitación resulta estimulada por las condiciones de la modernidad.

obstante, a la configuración de formas más sutiles y blandas de jerarquía, que el ensayismo psicosociológico de los autores argentinos contribuiría a nombrar.

3. Personalidades grumosas

En los textos de Ingenieros y Ramos Mejía la discusión sobre la simulación se plantea como un subcapítulo del conocimiento psicológico y psicopatológico acerca del carácter de los individuos. En la medida en que tal conocimiento era básicamente taxonómico, los dos autores hicieron denodados esfuerzos por encuadrar a los simuladores en algunas de las grillas de clasificación disponibles. Ingenieros se explayó sobre la simulación en la juntura del discurso psicopatológico y el “ensayo moralista” (González 2002:187), y se empeñó en hacer lugar al tipo que constituía el “simulador mesológico” en el sector que, en el gran museo de los caracteres, los expertos europeos habían reservado para las variedades del “hombre de la multitud”. Por su parte la preocupación por comprender la relación que la locura tenía con la historia política argentina hizo que Ramos Mejía se interesara por las simulaciones de los “sujetos fronterizos”.

Con mayor énfasis en la dimensión moral o psicopatológica, las elaboraciones que dedicaron a la simulación plantean la interrogación por la configuración relacional, emotiva y, en el caso de Ramos Mejía, también difusionista del yo. Por esa vía, ambos autores contribuyen a impugnar la concepción liberal del sujeto, que lo entiende como un individuo racional, independiente, indiviso y cerrado.

Una crítica semejante venía siendo articulada por una serie de autores franceses que argumentaron, desde un punto de vista científico, en torno del carácter fragmentado y compuesto del “yo”. En los últimos decenios del siglo XIX tres médicos filósofos (que tuvieron un peso significativo en la cultura de su tiempo y cuyos aportes los médicos sociólogos argentinos conocían muy bien), Théodule Ribot, Pierre Janet y Alfred Binet, contribuyeron a desmontar la imagen de la conciencia como una unidad natural para colocar en el punto de partida de la subjetividad una pluralidad de elementos (Bodei 2006).

Sutiles en la tematización de las multiplicaciones y dobleces del yo, los escritos de los argentinos asumen que el sujeto es una composición inestable de elementos, un “todo de coalición” (Ribot 1889:4). Construido, según explica Paulhan, según la ley

fundamental de asociación entre elementos semejantes (ideas, imágenes, deseos) y de inhibición sistemática de aquellos que no podrían asociarse armónicamente, el carácter es una “ciudad en miniatura” o “pequeña ciudad interiorizada”, un modelo que obedece a los principios de cohesión y oposición, es decir, a las fuerzas que forman lo social como tal (Cavaletti 2015:84). De manera semejante a lo que ocurre en la sociedad, la organización sobre la que se funda la unidad del yo depende de delicadas alianzas y equilibrios cuya permanencia no está garantizada para siempre.

En la coyuntura de fines del siglo XIX en la que se insertan las contribuciones de los médicos filósofos franceses, no menos que aquellas de los médicos sociólogos argentinos, la debilidad del yo era percibida como un fenómeno que amenazaba con volverse epidémico y comprometer a toda la sociedad. Tal como la entienden Ingenieros y Ramos Mejía, la simulación constituye una respuesta a una tal epidemia de inconsistencia o labilidad de la personalidad que amenaza al sujeto; se trata de un síntoma que expresa la tensión entre la demanda cultural de individualización y la presión que impulsa a los individuos a vibrar al unísono de sus semejantes.

A través de un léxico variopinto, que incluye términos como ‘amorfos’, ‘inestables’, ‘templados’ y ‘apáticos’, el discurso psicopatológico de la época -en el que los textos de los argentinos abrevan (y al que contribuyen a desarrollar)- procura describir y fijar al “hombre de la multitud”, que es aquel cuya debilidad moral y maleabilidad psicológica, en contraposición a la fortaleza del “hombre de carácter”, lo hacen ceder a la más leve presión y sufrir todas las influencias (Ingenieros 1920a:112). En los bastidores de la clasificación de los caracteres, organizada por la gran partición entre los “hombres amorfos”, por un lado, y los “hombres de carácter”, por el otro, se encuentra la problemática de la sugestionabilidad. En el fondo, como expresa cabalmente Binet (1900:7), se trata de saber si se está del lado de los “sugestionables” o de los hombres revestidos de autoridad.

Tal división adquiere, en Ingenieros, un tinte moral. Ya en *La simulación en la lucha por la vida* -anticipando un gesto que *El hombre mediocre* llevaría a su máxima expresión (Mailhe 2013b)- el autor recorta sobre la multitud de los simuladores, una minoría de hombres de carácter, cuya superioridad, de orden moral, reside en que poseen las aptitudes psíquicas apropiadas para vencer la presión de la multitud, luchar

en plena disconformidad con el ambiente e imponer la propia personalidad.²¹ Y todavía más: pueden darse el lujo de incursionar en los juegos lúdicos del fumista, simulador innato que construye un mundo propio por afuera de los cánones sociales (Ferrás 2006).

Mientras el hombre de carácter se desarrolla sin preocuparse por lo que su actividad representa para las rutinas convencionales de su medio social (Ingenieros 1920a:115), los simuladores son una expresión de la sugestión que los modelos sociales ejercen sobre ellos. “Plásticos hasta el exceso” (Ribot 1900:485), constituyen la materia a partir de la cual se gesta el servilismo, tanto entre los gobernados como, en lo que a Ramos Mejía particularmente le interesa, entre los conductores (*meneurs*) de las multitudes. Al tanto de las investigaciones de los psicólogos experimentales, este último exploró las posibilidades interpretativas que, en relación con las prácticas caudillistas, abría la asunción de que el yo era un agregado de elementos. En esa dirección, se refirió a los caudillos como excelsos transformistas, cuya extrema maleabilidad empalma, de manera muchas veces inconsciente, con las expectativas y las ilusiones de las multitudes (Haidar 2020). Aprovechando las propias disposiciones para la simulación, las oportunidades derivadas de ciertas coyunturas (así, por ejemplo, un clima de irritabilidad generalizada), tanto como las posibilidades que ofrecían el periódico y los medios de reproducción técnica de imágenes disponibles (verbigracia la litografía), ciertos hombres se fabricaban una personalidad accidental con la que conseguían ascender socialmente. Es en el contexto de la discusión sobre la “fabricación” del *meneur* (o, en otros términos, de los modos en que se produce, en las sociedades modernas, el culto a la personalidad de un líder), que vemos despuntar, en el texto de Ramos Mejía, trazos de una concepción difusionista o irradiante del yo, opuesta al *homo clausus* del liberalismo. Al intuir la potencia de las imágenes (y, en consecuencia, los alcances y peligrosidad de la propaganda política) el médico argentino aporta elementos para pensar tanto la configuración de relaciones sociales a la distancia –problema al que Gabriel Tarde se había referido unos años antes en *La opinión y la multitud* (1901)-, como los límites de la personalidad. “Es indudable”, escribe, que “la noción o el sentimiento de la personalidad no necesita ser afianzada por el constante concurso

²¹ Mientras en la opinión de Tarde la tendencia a la uniformidad a la que conduce la democratización y generalización de la mimesis era una condición para el desarrollo de individualidades más refinadas, Ingenieros (1920a:69) critica duramente la educación porque genera una verdadera homocromía social entre el individuo y las ideas de la sociedad, estimulando el triunfo del parecer sobre el ser.

físico visible” (Ramos Mejía 1904:64). Así, la investigación tanto psicológica como sociohistórica del “caso” del caudillo argentino Juan Manuel de Rosas -que alcanza su máxima expresión en *Rosas y su tiempo* (2001) [1907]-, lo llevó a concluir que la personalidad (fabricada) de los hombres de “cierta magnitud”, (estamos en el terreno, siempre misterioso, del prestigio), se extiende más allá de los límites de la piel, circula - esto es, produce efectos sugestivos, es discutida- en otras regiones “bien lejanas de su residencia” (Ramos Mejía 1904:61). La escena trágica del caudillo que ha perdido su prestigio y su poder -sobre la que gira *The farmer*, la novela en la que Andrés Rivera (2009) [1996] recrea la situación psicológica de Juan Manuel de Rosas en su destierro- brinda al autor la oportunidad para explorar las posibilidades que habilita una tal concepción irradiante del yo en los casos en que la desacreditación del simulador no se produce en forma simultánea en todos los ámbitos de interacción en los que la finta resultaba eficaz. En esa dirección, contempla la hipótesis, paradójica, de una coexistencia, a la distancia, de dos personalidades contradictorias: una, cuya incidencia deslucida pero real se ejerce en los círculos de las esferas próximas al lugar de existencia física del sujeto en cuestión, y otra, la personalidad simulada, que continúa imponiendo su aura magnífica pero falsa, en alguna lejana región en la que la información que la desacredita aún no ha llegado.

A modo de conclusión

En este artículo revisitamos los trabajos que dos médicos sociólogos argentinos dedicaron al tema de la simulación con el propósito de ampliar y pluralizar el *corpus* de memorias discursivas que irrigan los debates actuales acerca del contagio, la imitación y la sugestión. Si como sugiere C. Borch (2019), tales conceptos resultaron centrales en los años de formación de las ciencias sociales en Europa, los escritos de Ingenieros y Ramos Mejía demuestran que, también en Argentina, el despuntar del pensamiento sociológico y psicosocial estuvo animado por discusiones acerca de las formas en las que los seres humanos procuramos asemejarnos los unos a los otros.

Como sostuvimos, sus desarrollos acerca de la simulación pueden ser considerados en forma simultánea con los aportes que Gabriel Tarde, entre otros autores, realizó para la comprensión de la mimesis social. Entendida en la perspectiva del sociólogo francés como una ampliación, en el mundo social, de las leyes biológicas

de la generación, la imitación se desarrolla espontáneamente entre los seres humanos y es inherente a las competencias básicas de la socialización. Por el contrario, la simulación involucra una actuación que -sea bajo la forma de modos de hablar, reír, callarse o vestir, entre otros- se prepara (prefigura, diseña, ensaya) y se libera “deliberadamente” en las escenas sociales. Tal dimensión artificial hace que la misma se preste a ser analizada a través de conceptos, metáforas y términos que remiten a los modelos del juego y del teatro; los cuales conviven, en la obra de los autores argentinos, con una retórica biologicista de cuño darwinista social. Dejando de lado las limitaciones epistemológicas y normativas de esta última matriz (que en nombre de una concepción determinista del evolucionismo autoriza el trazado de toda una serie de jerarquizaciones), la comparación entre la conducta humana y la conducta animal a la que tanto Ingenieros como Ramos Mejía apelan con frecuencia, se encuentra justificada. Ello es así porque, como resaltan en una aproximación contemporánea Brighenti y Castelli (2016), el mimetismo es un fenómeno tanto natural como artificial. Se trata de un recurso al que animales y humanos apelan para adaptarse al medio y que, al mismo tiempo, involucra un modelaje idiosincrático de la propia apariencia. Sin dejar de afirmar que la simulación se rige por las mismas leyes que gobierna el mimetismo animal, tanto Ingenieros como Ramos Mejía hicieron hincapié en la multiplicidad y variedad de recursos de los que los seres humanos nos muñimos con el propósito de asemejarnos a aquellos otros a quienes buscamos -en forma consciente e inconsciente- imitar.

De la mano de la matriz evolucionista, asumieron el carácter utilitario del mimetismo. Lo concibieron como una maniobra desplegada por un agente en el campo de visibilidad en el que se traban las relaciones interpersonales, con el fin de encubrir lo que el mismo en realidad “es”. Sin dejar de abonar el discurso de la autenticidad, la consideración -en términos relacionales- de la subjetividad del simulador, del modo en que sus actuaciones lo afectan, de los efectos imprevistos que se producen en el encuentro con los otros, así como de la forma en que su generalización impacta en los valores de la cultura, los condujo a horadar la línea que separa los dominios de “lo verdadero” y “lo falso” y condiciona la posibilidad misma de la simulación. Ciertamente, la crítica a la falsificación que asocian a la cultura burguesa, tanto como la chance de contribuir a su develamiento y de resistir a las presiones de nivelación social, dependía de la distinción entre un registro de invisibilidad y otro de visibilidad; o, de manera más

precisa, de distintos grados de visibilidad. Aun así, no dejaron de atender a los desplazamientos que se producen entre las diversas zonas en las que se despliega la existencia del sujeto; a los movimientos marcados por los ajustes y reacomodamientos que se generan a partir de la repetición, de la representación (interior) del modelo a imitar, de la necesidad de domeñar la tensión entre el ocultar y el revelar, entre otras situaciones. Al poner el foco sobre las “conversiones” que tienen lugar tras la repetición del simulacro, sobre los modos sutiles en que los simuladores hacen propios -y allí contribuyen a definir- las formas de pensar, los valores, las expectativas, de aquellos a quienes buscan parecerse, como sobre las instancias en que pierden el control de las estrategias de las que dependía el mantenimiento de un ámbito de “secreto”, los médicos sociólogos introducen elementos que permiten interrogarse por el modo en que el registro -nunca totalmente legible- del deseo, participa en la configuración de las relaciones sociales.

Ciertamente, a diferencia de otras aproximaciones sociológicas actuales sobre el mimetismo (Brighenti y Castelli 2016), Ingenieros y Ramos Mejía no ahondaron en la exploración de los efectos de reversibilidad que la simulación entraña en relación con “los otros”. Sus trabajos no consideran la posibilidad de que, además del simulador, los *partenaires* en sus juegos de simulación, esto es, aquellos individuos y grupos supuestamente “engañados”, resulten afectados -e incluso transformados- en el despliegue mismo de tales juegos. Sin embargo, como bosquejo del espíritu de la época que se estaba insinuando, o como sugiere Horacio González, de la proliferación y desquicio de los signos a partir de los cuales una sociedad resulta interpretable, Ramos Mejía se preguntó si no hay talento en simular, esto es, si la simulación generalizada no transforma aquello que imita.

Asimismo, de la mano de la tematización de los efectos “a la distancia” que producen las personalidades fabricadas, de la asunción de la plasticidad del yo y de la figura del fumista, los autores plantearon, tempranamente, una serie de posibilidades analíticas que -a contrapelo del mito liberal del individuo- pueden contribuir a entender la subjetividad a partir de dos coordenadas: su inmersión en una dinámica afectiva sugestiva y su aplicación al trabajo, incesante, de estetización de la propia existencia.

Para finalizar, vivimos en tiempos en que la globalización, la mediatización general de la vida social, el auge de las comunicaciones a través de las redes digitales, la

cultura de la virtualidad, entre otros aspectos, favorecen el desarrollo de fenómenos de contagio emocional, imitación y sugestión y en los que, a juzgar por los debates que encienden las denominadas *fake news*, la cuestión del papel que el engaño, las conspiraciones, los encubrimientos -entre otras de las formas que puede asumir la “falsedad” en la esfera pública-, reviste una gran actualidad. Por todo ello, pensamos que tiene sentido recuperar las reflexiones, pasadas, que Ingenieros y Ramos Mejía dedicaron al problema de la simulación, tanto con la finalidad de imprimir densidad histórica a las valiosas elaboraciones que, desde el campo de la sociología política y de la cultura, los estudios de la comunicación, los estudios sociales sobre el afecto, la antropología del medio digital, se ocupan de los problemas actuales concernientes a las modalidades (virtuales) de transmisión del afecto, la “viralización” de opiniones y noticias falsas, y la constitución de identidades en línea, entre otros, como con el propósito de reencontrar, en estas memorias discursivas periféricas, posibilidades analíticas, claves de lectura e interrogantes que enriquezcan las interpretaciones del presente.

Bibliografía

- Aguilar, G. 2007. “La piedra de la Medusa”, en *Ramona* 68. 54-67.
- Bataille, G. 2003. [1970]. “La noción de gasto”, en *La conjuración sagrada* (110-134). Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- . 2005. [1976]. El límite de lo útil. Buenos Aires: Losada.
- Binet, A. 1900. *La suggestibilité*. Paris: Schleicher Frères.
- Bodei, R. 2006. *Destinos Personales*. Buenos Aires: El cuenco de Plata.
- Bondo Hansen, K. y Borch C. 2019. “Market mimesis: imitation, contagion and suggestion in financial markets”, en Borch, Christian (ed.). *Imitation, contagion, suggestion*, 91-106. London & New York: Routledge.
- Borch, C. 2012. *The politics of crowds. An alternative history of sociology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- . 2019. “Introduction. The imitative, contagious and suggestible roots of modern society. Toward a mimetic foundation of social theory”, en Borch, Christian (ed.). *Imitation, contagion, suggestion*, 3-34. London & New York: Routledge, 2019.
- Brennan, Teresa (2004). *The transmission of affect*. Nueva York: Ithaca.

- Brighenti, A. M. 2014. *The ambiguous multiplicities*. Nueva York: Palgrave.
- Brighenti, A. M. y Castelli, A. 2016. "Social camouflage: functions, logic, paradoxes", en *Distinktion* 17 (2). 228-249.
- Callois, R. 1939. *El mito y el hombre*. Buenos Aires: FCE.
- Caponi, S. 2016. "Los simuladores: verdad y poder en la psiquiatría de José Ingenieros". *História, Ciências, Saúde, Manguinhos* 23 (4). 1003-1022.
- Cavalletti, A. 2015. *Sugestión*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Coccia, E. 2011. *La vida sensible*. Buenos Aires: Marea.
- Ferrás, G. 2006. "Extranjero, raza y simulación en el pensamiento de José Ingenieros". *Co-herencia* 4 (3).139-163.
- Filloy, J. 2017. [1932]. *¡Estafen!* Buenos Aires: El cuenco de Plata.
- Goffman, E. 1997. [1959]. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- González, H. 2002. *Retórica y locura*. Buenos Aires: Colihue.
- . 2007. *Restos pampeanos*. Buenos Aires: Colihue.
- Haidar, V. 2020. "¿Inventores, apóstoles, ídolos o caciques? Una aproximación a la problematización del "líder" en los albores del pensamiento sociológico y psico-social", de *Prácticas y Discursos* 14. 1-30.
- Ingenieros, J. 1919. [1904]. *Histeria y sugestión*. Buenos Aires: L.J.Rosso.
- . 1915. *La personalidad intelectual de José María Ramos Mejía*. Buenos Aires: L.J.Rosso.
- . 1918 [1900]. *La simulación de la locura*. Buenos Aires: L.J.Rosso.
- . 1920a [1901]. *La simulación en la lucha por la vida*. Buenos Aires: Schenone Hermanos.
- . 1920b). "La vanidad criminal", en *La psicopatología del arte* (105-121). Buenos Aires: L.J.Rosso y Cía.
- . 2016. [1913]. *El hombre mediocre*. Buenos Aires: Edicol.
- Kahan, L. 2000. "Sociología fumista (una lectura invertida de José Ingenieros y el positivismo argentino)", en González, Horacio (comp.). *Historia crítica de la sociología argentina*, 117-139. Buenos Aires: Colihue.

- Lawtoo, N. 2019. "The mimetic unconscious: a mirror for genealogical reflections", en Borch, Christian (ed.). *Imitation, contagion, suggestion*, 37-53. London & New York: Routledge.
- Ludmer, J. 2017. *El cuerpo del delito*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Mailhe, A. 2013a. "Histeria y sugestión en Argentina y Brasil. Redes intelectuales y trama de ideas en la psiquiatría y la criminología de entresiglos". *XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Artículo en línea disponible en: <https://www.aacademica.org/000-010/464> [Consultado el 18 de noviembre de 2020].
- . 2013b. "El laberinto de la soledad del genio", en *Varia Historia*, 29 (49). 197-216
- Míguez, G. I. y Reydó, N. 2015. "Una biblioteca positivista argentina" en *Positivismo argentino*, 5-9. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Mitchell, P. 2012. *Contagious, metaphor*. Londres: Bloomsbury.
- Mitchell, P. y Münch, F. V. 2019. "#Contagion: on mimesis and society", en Borch, Christian (ed.). *Imitation, contagion, suggestion*, 107-125. London & New York: Routledge.
- Molloy, S. 2012. *Poses de fin de siglo: desbordes del género en la Modernidad*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Paulhan, F. 1902. "La simulation dans le caractère. La fausse sensibilité", en *Revue philosophique de la France et le étranger* LIII. 457-488.
- Portmann, A. 1990. *Essays in philosophical zoology. The living form and the seeing eye*. Nueva York: Edwin Mellen Press.
- Ramos Mejía, J. M. 1878. *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*. Buenos Aires: Martín Biedma.
- . 1904. *Los simuladores del talento*. Buenos Aires: Félix Lajouane & Cía. Editores.
- . 2001. [1907] *Rosas y su tiempo*. Buenos Aires: Emecé.
- Ribot, T. 1889. *Las alteraciones de la personalidad*. Madrid: Librería de Fernando Fe.
- Ribot, T. 1900. *La psicología de los sentimientos*. Madrid: Librería de Fernando Fe.
- Rivera, A. 2009. [1996]. *The farmer*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Rizo García, M. 2015. "De personas, rituales y máscaras. Erving Goffman y sus aportes a la comunicación interpersonal", en *Quórum Académico* 8 (15). 78-94.
- Salessi, J. 1995. *Médicos, maleantes y maricas*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo.

- Tarde, G. 2011. [1890]. *Las leyes de la imitación y la sociología*. Madrid: Centro de Investigaciones sociológicas y Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado.
- Tarde, G. 2013. [1901]. *La opinión y la multitud*. Buenos Aires: Urbanita.
- Terán, O. 1986. *Ingenieros: pensar la nación*. Buenos Aires: Alianza.
- . 1987. *Positivismo y nación en la Argentina*. Montevideo: Punto Sur.
- . 2000. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Vermeren, P. y Villavicencio, S. 1998. "Positivismo y ciudadanía: José Ingenieros y la constitución de la ciudadanía por la ciencia y la educación en la Argentina", en *Anuario de Filosofía Argentina y Americana* 14. 61-78.
- Vezzetti, H. 1996. *Aventuras de Freud en el país de los argentinos. De José Ingenieros a Enrique Pichon-Rivière*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Vignon, P. 1930. *Introduction à la biologie expérimentale: les êtres organisés, activités, instincts, structures*. Paris: Paul Lechevalier Éditeur.
- van Ginneken, J. 1992. *Crowds, Psychology & Politics, 1871-1899*. Cambridge: Cambridge University Press.
- von Stecher, P. 2001. "Simulación y defensa social en José Ingenieros. Una perspectiva discursiva", en *VI Jornadas de Historia de las Izquierdas "José Ingenieros y sus mundos"*. 77-94.